

---

## Algo más que una entrevista: la Díaz-Creelman, 1908

---

Mauricio Tenorio Trillo

Es hábito que las historias nacionales cuenten guerras, catástrofes naturales, actos heroicos o la escritura de constituciones. Pero hay pocas como la historia mexicana que hayan hecho de una entrevista un pasaje que no puede dejar de contarse. Así ha sido la entrevista otorgada a fines de 1907 por el entonces presidente mexicano, Porfirio Díaz, al periodista James Creelman, publicada en Nueva York en marzo de 1908 en la revista *Pearson's Magazine* (“El Presidente Díaz: Héroe de las Américas”). Poco después, extractos de la entrevista fueron traducidos al español y publicados en México por el periódico *El Imparcial*, un diario favorable al régimen. Se sabe lo que dijo Díaz a través de la traducción al inglés, no por la transcripción de las frases exactas del añoso general que nunca habló tal lengua. Pero fue en esa entrevista en la que unas cuantas frases, soltadas entre las casi cincuenta páginas a doble columna, causaron revuelo en México entre 1908 y 1910. Desde entonces, la entrevista y sus célebres frases han sido historia nacional como pocas cosas.

Éstas eran las frases: “No importa lo que digan mis amigos y mis seguidores, me retiro cuando finalice mi presente periodo presidencial y no serviré otra vez. Tendré ochenta años entonces”. Se refería a la elección de 1910, y añadía: “*I welcome an opposition party in the Mexican Republic*” (“doy por bienvenido un partido de oposición en la República mexicana”); si aparece, lo consideraré una bendición, no un mal. Y si puede desarrollar poder, no para explotar sino para gobernar, estaré a su lado, lo apoyaré, lo aconsejaré y me olvidaré de mí mismo en la inauguración exitosa de un gobierno completamente democrático en el país”. El resto es historia: la aparición del libro de Francisco I. Madero (*La sucesión presidencial de 1910*),

publicado también en 1908, la contienda electoral de 1910, el levantamiento de Madero... la Revolución mexicana. Ésta es, pues, la entrevista que hizo historia. ¿Cuál es la historia de la entrevista?

¿ENTREVISTA?

Dos personajes forman esta escena de la historia nacional: James Creelman y Porfirio Díaz. El escenario fue puesto por una revista de amplia circulación, *Pearson's Magazine*, de origen inglés, pero que a partir de 1899 empezó a ser publicada en Nueva York con una mezcla de artículos de política, artes y literatura, así como ensayos de difusión científica, literatura del mundo y, sobre todo, reportajes sobre lugares lejanos (China o India), sobre el vecino (México) o sobre zonas de conflicto mundial. Era una revista que en su momento supo combinar varias innovaciones: no sólo buenos escritores, sino también periodistas viajeros que mandaban informes de primera mano y el uso intensivo de la fotografía no como simple testimonio de veracidad sino como composición gráfica de ideas complejas.

James Creelman nació en Canadá pero hizo su carrera de periodista en Nueva York, muy ligado al nuevo tipo de periodismo de investigación que se había vuelto popular en Estados Unidos a fines del siglo XIX. Muy joven se ligó a los círculos del Partido Republicano, el cual fue transformado, primero en Nueva York y luego en el país entero, por uno de los políticos más importantes de la historia de Estados Unidos, Theodore Roosevelt. No se comprende la famosa entrevista sin este dato: Creelman fue uno de los cronistas y seguidores de la transformación "Roosevelt" del republicanismo estadounidense.

En la política estadounidense, Roosevelt apersonaba dos importantes impulsos políticos de principios del siglo XX: el primero, dar rienda suelta a Estados Unidos como potencia imperial mundial –en competencia sobre todo con España, Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia y Japón–; y el segundo fortalecer el gobierno federal ante los estados y, sobre todo, ante el poderío de las grandes compañías surgidas a lo largo de la segunda mitad del XIX (fortunas hechas con el petróleo, los ferrocarriles, las cadenas comerciales, la minería y la industria). En esos años Estados Unidos se embarca en la guerra con España (1898), en la cual participó Roosevelt como héroe

militar, y acaba en la ocupación estadounidense de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. También son los años de la independencia panameña apoyada por Roosevelt para construir el canal de Panamá con control estadounidense. Este republicanismo, además, ostentaba una nada sutil superioridad racial: la de los “orígenes anglosajones” de la democracia estadounidense. En fin, en 1908 este republicanismo era popular y había tenido éxitos imperiales. Creelman había sido el reportero a cargo de contar estos triunfos en Cuba, en Filipinas y en el Pacífico. Y como tal había dado noticia tanto de las victorias militares estadounidenses como de la inferioridad de las razas derrotadas.

Para 1908, el otro protagonista de la entrevista, Porfirio Díaz, ya no parecía el caudillo oaxaqueño que a través de un golpe de Estado había llegado al poder en 1875, como tantos otros caudillos a lo largo del siglo XIX. Para propios y extraños, Díaz había adquirido perfil de estadista, de hombre de Estado, aunque hubiera renegado del lema que lo llevara al poder (“no reelección”).

Hasta donde es posible saber, Creelman fue llamado por Porfirio Díaz, acaso por intermediación del poderoso empresario y político de Chihuahua, Enrique Creel, buen conocedor de Estados Unidos. Díaz esperaba que Creelman no sólo le hiciera una entrevista sino que escribiera un libro en inglés dedicado al progreso de México para así mejorar la imagen internacional de México. Comprar periodistas era y es costumbre de todo tipo de políticos, no sólo de dictadores. Pero el caso de Creelman fue más que una compra. No fue sólo el dinero lo que llevó a Creelman a venir a México a fines de 1907. Por eso, la famosa entrevista fue más que una simple entrevista: fue un largísimo ensayo, parte entrevista, parte análisis racial de los mexicanos, parte reporte del progreso de México, parte ensayo fotográfico y parte de un libro de 442 páginas, 12 fotografías, publicado en 1911 en Nueva York y Londres: *Díaz Master of México* (algo así como Díaz el amo o el domador o el educador de México).

Lo publicado por *Pearson's Magazine* era, así, una entrevista que enmascaraba las claras intenciones del reportero, las cuales hacen de la entrevista tres textos simultáneos: un informe antropológico, un laurel a la figura mundial de Díaz y, finalmente, un panfleto a favor de la reelección de T. Roosevelt en 1908. Díaz se prestó a estas intenciones, las buscó, no porque

compartiera del todo la visión de Creelman sino porque tenía, como veremos, su propia agenda para un artículo publicado en inglés que necesariamente sería conocido en México y en Estados Unidos en un año clave para la política mexicana y estadounidense: 1908.

### ¿ROSTROS O CRÁNEOS?

Como informe antropológico, la entrevista iniciaba con una composición fotográfica que mostraba uno de los primeros automóviles al lado de una recua de mulas cargadas de leña. “El encuentro de dos civilizaciones en el México de hoy”, rezaba la leyenda al pie de la fotografía. Y éste era el tono antropológico de todo el largo ensayo; es decir, un detallado reporte de cómo México era el encuentro de la modernidad con la tradición, de las razas inferiores con las razas superiores, de la barbarie y la civilización. Díaz resultaba así el apersonamiento de la mezcla racial aceptable, en una época en la que el matrimonio entre razas distintas estaba prohibido en gran parte del territorio estadounidense.

La idea de Díaz como mezcla racial aceptable también era una manera de depositar un laurel en la figura mundial de Porfirio Díaz: no era un semi Dios o un semi santo, sino un híbrido racial capaz de amansar la naturaleza salvaje de los mexicanos. Por eso, como ha mostrado Claudio Lomnitz, el ensayo de Creelman incluía largas descripciones del cráneo, el rostro, los ojos, la quijada, el bigote o las manos del dictador, así como el perfil racial de los mexicanos y la naturaleza indomable del paisaje mexicano. También incluía fuertes dosis de anti hispanismo estadounidense, una tendencia que llevaba un siglo de ver en España nada más que la inquisición, el catolicismo anti moderno, los toros, el autoritarismo y la crueldad.

Así, para Creelman, Díaz era la mezcla del “mixteco primitivo” y del “español invasor”. La vida de Díaz, creía Creelman, superaba las mejores páginas de escritores consagrados como Alexandre Dumas: la mano de hierro de Díaz, decía, “ha convertido a las conflictivas,<sup>1</sup> supersticiosas y empobrecidas masas de México, oprimidas por siglos de crueldad y avaricia

<sup>1</sup> “Warring” en inglés, que es como decir que produce conflictos pero que es un conflicto por ser la unión de dos opuestos.

españolas, en una nación fuerte, estable, pacífica, pagadora de sus deudas y amante del progreso”. Díaz, por supuesto, no se oponía a la caracterización, pero daba una de cal por otra de arena: para el viejo presidente, en efecto, México no era democrático pero ello no era un problema de raza sino de educación. Díaz explicaba que si en 1876 lo importante habían sido sus soldados, en 1908 lo esencial eran las aulas de clase. El Díaz de la entrevista sostenía que sin duda las masas eran ignorantes, pero su problema no era que fueran indios sino pobres; si se creara una clase media en México, decía Díaz, el país funcionaría democráticamente. Creelman no tenía empacho en preguntar: “¿Usted cree que la vasta población india de México es capaz de un alto desarrollo?” Y Díaz daba una respuesta tan racial como la pregunta de Creelman, pero también una respuesta política: el problema no eran los indios, sino los indios que eran sus enemigos:

Lo creo [que la población indígena es capaz de un alto desarrollo]. Los indios son bondadosos y agradecidos, todos excepto los yaquis y algunos mayas. Poseen las tradiciones de su antigua civilización. Se cuentan entre los abogados, ingenieros, doctores, militares y otros profesionales.

Creelman utilizaba el paisaje mexicano en el que sucedía la entrevista para apoyar sus teorías sobre México. Le señalaba a Díaz una plaza de toros desde el balcón del Castillo de Chapultepec, y le comentaba: “ésa es la única institución española superviviente que se puede ver en el paisaje”; Díaz daba una de cal para la arena de Creelman: “Usted no ha notado los Montes de Piedad. España nos trajo los Montes de Piedad, y también las plazas de toros...”. El viejo dictador habitaba a su manera los prejuicios de Creelman, porque él tenía su propia agenda.

Lo de Creelman también era un reporte económico de los avances de una suerte de tribu (México) que parecía incapaz de lograr ferrocarriles o inversión extranjera. Pero, para el periodista, la economía no tenía ningún sentido sin la consideración antropométrica. Todo personaje mencionado por Creelman, ya fuera Justo Sierra o José Yves Limantour, incluía un perfil racial.

Era exagerado el laurel que Creelman depositaba ante la figura mundial de Díaz. Pero era sólo uno más de los muchos que varias veces el propio

Roosevelt o Bismarck en Alemania o el rey Alfonso XIII en España habían donado a Díaz. “El Presidente Díaz”, había dicho Roosevelt, “es el más grande hombre de Estado hoy vivo y ha hecho por su país lo que ningún otro hombre vivo ha hecho por ningún otro país, y ésta es la prueba suprema del valor del sentido de Estado (*statemanship*)”. Lo mismo opinaban no sólo los paleros de Díaz, sino también hombres de Estado y opositores como Justo Sierra, Andrés Molina Enríquez y el propio Madero en *La sucesión presidencial de 1910*.

#### ¿LAS ELECCIONES DE MÉXICO EN 1910 O LAS DE ESTADOS UNIDOS EN 1908?

Como panfleto a favor de Roosevelt, el ensayo de Creelman fue un “te digo Juan para que me entiendas Pedro” a cuatro manos: Díaz hablando a México a través de Estados Unidos, y Creelman hablando de México para hablar de Estados Unidos. Fue el espejo mexicano ante el cual se veía a sí misma la facción republicana que quería la reelección de Roosevelt en 1908. Es más, la entrevista era un intento de hacer de Roosevelt y Díaz dos personajes con vidas paralelas: ambos presidentes reelegidos, ambos hombres de Estado antes que caudillos, ambos machos (Roosevelt era conocido como gran cazador, militar y hombre de familia y el artículo de Creelman incluía fotos de Díaz: de cacería, a caballo con la indumentaria de General y de abuelo de familia).

Para 1908, el republicanismo de Teddy Roosevelt enfrentaba un gran reto: Roosevelt había sido reelegido en 1904 bajo la promesa personal de que no volvería a correr por la presidencia en 1908. Pero en 1908 Roosevelt era popular como pocos debido a sus éxitos imperiales y por sus leyes en contra de los monopolios económicos. Durante los primeros meses de 1908, cuando la entrevista fue publicada, aún era incierto si Roosevelt cedería a la tentación de reelegirse. Y es en este caldo que debe entenderse el viaje de Creelman a México para entrevistar al maestro de las promesas rotas de no reelección.

El ensayo de Creelman, así, fue una metáfora poco sutil: vean a un héroe que sabe de esto de las reelecciones y cree que el hombre de Estado ha de sacrificar su propia voluntad ante la del pueblo. Creelman transcribía lo dicho por Díaz: “las teorías abstractas de la democracia y su aplicación

práctica son con frecuencia necesariamente diferentes”. Es decir, Creelman y Díaz decían a coro, para México y para Estados Unidos, ¿por qué tanto apego a la teoría, por qué tanta tirria contra las reelecciones si son a veces lo mejor para las naciones? Creelman explicaba a Díaz el miedo estadounidense ante un tercer periodo de Roosevelt. Utilizando los paralelos Díaz-Roosevelt establecidos por Creelman, Díaz hizo de la entrevista la justificación de sus reelecciones, apoyando a Roosevelt en su reelección pero advirtiéndole que tenía que domar sus excesos imperiales. Respondía no sólo apoyando la reelección del popular presidente estadounidense, sino criticando los intereses estadounidenses que Díaz mismo temía en México:

No alcanzo a ver ninguna buena razón para que el presidente Roosevelt no sea reelegido otra vez si la mayoría del pueblo americano desea que continúe en la presidencia. Creo que él ha pensado más en su país que en sí mismo. Ha hecho y está haciendo un gran trabajo por Estados Unidos, una labor que le causará, sea o no nuevamente reelegido, ser recordado en la historia como uno de los grandes presidentes. Veo en los monopolios al verdadero poder de los Estados Unidos, y el presidente Roosevelt ha tenido el patriotismo y el coraje de desafiarlos. La humanidad entiende el significado de esta actitud y su importancia para el futuro. El presidente Roosevelt se levanta ante el mundo como el estadista cuyas victorias han sido victorias morales.

Así, Creelman cumplía su agenda, pero al mismo tiempo daba espacio a la de Díaz que era la de hacer ver a Roosevelt los peligros que podría causar su actitud imperialista y la avaricia de las compañías estadounidenses. Díaz, de esta forma, se convertía en el asesor no solicitado de Roosevelt, atacando a los monopolios que el propio Roosevelt había desafiado. Era una manera de decir al presidente estadounidense: no nada más en casa hay que controlar a las compañías, sino también en el extranjero, porque su avaricia traerá el desprecio de las poblaciones locales y eso podría regresar a Estados Unidos como antagonismo a lo que entonces Roosevelt consideraba parte de su expansión mundial: el panamericanismo, el apoyo y colaboración de las Américas para formar un bloque comercial, militar y político en contra de los crecientes intereses imperiales europeos y asiáti-

cos. De hecho, el título y las fotos del ensayo de Creelman reflejaban la agenda panamericana del Creelman seguidor de Roosevelt: de ahí “El presidente Díaz: héroe de las Américas” y de ahí que se reprodujera la foto de John Barrett, director del Buró de las Repúblicas Americanas de la administración Roosevelt (que se había entrevistado con Díaz en 1907).

Por ello, Díaz hablaba de que había dejado entrar a las compañías petroleras estadounidenses, pero las compañías tendrían que entender que habrían de responder a las necesidades de desarrollo local, como había pasado con los ferrocarriles, una inversión esencialmente estadounidense que Díaz puso después bajo el control del Estado mexicano.

El otro tema que preocupaba a Díaz era el imperialismo estadounidense en Cuba y Filipinas, que cualquier día le podía tocar a México. No tenemos manera de saber exactamente lo que dijo Díaz, pero lo que se tradujo al inglés suena a ironía. Dijo Díaz: hay sentimientos anti americanos en México, como hay sentimientos anti mexicanos en Guatemala, y la única forma de controlarlos, al menos en México, era con un buen comportamiento de Estados Unidos en América. Decía que los estadounidenses eran demasiado patrióticos y podían fácilmente convertirse en soldados. Afirmaba cosas como que las Filipinas, entonces con casi diez años de dominio estadounidense a raíz de la guerra contra España, pronto harían de Estados Unidos otra Inglaterra. Esto era insulto para oídos estadounidenses, y Díaz sabía cómo tocar el corazón nacionalista estadounidense. Creelman se curaba en salud, hacía ver al viejo General que pronto serían retiradas las tropas estadounidenses de Filipinas. Con ironía, Díaz respondía: cuando Estados Unidos haga eso “habrá ganado el respeto del mundo”, pero estaba claro que en 1908 Estados Unidos no sólo no había retirado las tropas de Filipinas sino que no parecía interesado en hacerlo.

No hay que creerle ni a Creelman ni a Díaz. El viejo cedió a los intereses estadounidenses más de lo que da entender, pero también temía al expansionismo estadounidense, y por ello con la entrevista trataba de lograr una buena y respetuosa relación con Roosevelt. No sorprende, pues, que, al renunciar Roosevelt a la reelección y nombrar como su candidato en el Partido Republicano a William Howard Taft, lo primero que hicieron Taft, no obstante su peso (casi 200 kilos), y Díaz, no obstante su edad, fue



viajar hasta El Paso y Ciudad Juárez para encontrarse. Esto era sellar la difícil relación que la entrevista había dejado entrever.

¿ERROR, FALSA PROMESA, CAUSA DE LA REVOLUCIÓN O DÍAZ TAN PORFIRIO COMO SIEMPRE?

¿Por qué prometió Díaz dejar el poder? ¿Por qué no cumplió su promesa? Éstas son las dos preguntas esenciales que la historia nacional hace a la entrevista Díaz-Creelman. Ha habido varias respuestas a estas preguntas. Para muchos la entrevista fue un error político del dictador que, convencido de su popularidad, soltó el pico ante un periodista extranjero. Para otros, todo fue parte de las farsas democráticas que el régimen de Díaz siempre mantuvo, pero la verdad era que el caudillo nunca pensó llevar a cabo elecciones libres. Otros más han sostenido que sencillamente el viejo caudillo chocheaba.

Imposible saber con exactitud por qué dijo lo que dijo, seguro un poco de cada una de estas explicaciones jugó su parte en lo dicho en la entrevista. Sin embargo, leída con cuidado, la propia entrevista revela algunas claves para entender por qué Díaz se aventuró a decir algo tan arriesgado para su propio régimen. Primero, en la entrevista Díaz menciona varias veces su edad, 77 años, incluso para criticar a los monopolios económicos estadounidenses: dice a Creelman que a pesar de sus años tiene fortaleza: “no la cambiaría por todos los millones de sus varones petroleros estadounidenses”. Segundo, su convicción de estar viejo se mezcla con sus referencias a la preocupación de lo que pasará con la clase política cuando él no esté: “Mi mandato viene del pueblo que no me deja ir, si me enfermo en Cuernavaca, bajan los acciones mexicanas once puntos”. Claramente lo dice: “quiero estar vivo para ayudar a mi sucesor”. Y, finalmente, Díaz utiliza la entrevista en inglés –muy importante– como una suerte de testamento político, en el cual pone en claro sus ideas y su práctica políticas para que las entienda México y el mundo.

Así, Díaz explicaba por qué había mantenido todas las instituciones de una república democrática durante treinta años, aunque aceptaba que no funcionaban democráticamente: “Recibí el gobierno de un ejército, dividido por el ejercicio de los principios extremos del gobierno democrático.

Haber puesto todo el peso de la responsabilidad de gobernar en las masas hubiera producido inmediatamente condiciones que hubieran desacreditado las causas de un gobierno libre”. Por tanto, explicaba el dictador:

Preservamos la forma de gobierno republicano y democrático. Defendimos la teoría y la mantuvimos intacta. Sin embargo, adoptamos una política paternalista<sup>2</sup> en nuestra administración de los asuntos de la nación. Guiando y restringiendo las tendencias populares con una fe firme en que una paz impuesta permitiría a la educación, a la industria y al comercio desarrollar elementos de estabilidad y unidad en un pueblo por naturaleza inteligente, bondadoso y entrañable.

Su testamento político no ocultaba nada, lo decía con todas sus letras: su gobierno había sido duro, “duro hasta el extremo de la crueldad”. Hablando en 1908, decía que los resultados habían justificado la “poca sangre derramada y mala” a favor de lo que hubiera sido mucho más sangre y buena. Esta visión de la política lo llevaba a concluir en 1908 que la paciente espera había dado sus frutos: el pueblo mexicano estaba preparado para elegir a su gobierno “sin el riesgo de una revolución y sin afectar el crédito nacional y sin interferir en el progreso nacional”.

De esta forma, la entrevista no era una simple fachada democrática sino una explicación histórica y política de la falta de democracia, al mismo tiempo que, en vista de su edad y del progreso de la nación, un llamado a inaugurar una nueva política en el país. Quedaba claro que se sentía presionado por “sus amigos y seguidores” para continuar en el poder, así como que él estaba al tanto de las dificultades de reelegirse a los ochenta años. Se puede aventurar, pues, otra explicación.

Lo que Díaz podía estar haciendo con la entrevista era lo que había hecho durante muchos años: antes que imponer a la fuerza un poder central basado en su persona, apropiarse de los poderes ya establecidos que pudieran mantener el equilibrio de poder que él representaba. Lo que hacía en cada elección de gobernador era explorar la fortaleza a nivel local y nacional de distintos grupos para saber quiénes eran los fuertes y negociar con ellos. Díaz conocía la existencia de grupos poderosos que estaban a favor de la reelección, entre

<sup>2</sup> *Patriarchal* en inglés, que es patriarcal en español, pero que es poco probable que Díaz haya dicho.

los que se contaban los Científicos, pero también sabía de la existencia del grupo de seguidores del general Bernardo Reyes, también fieles a su gobierno pero listos para dirigir el país. Y había partidos liberales y grupos más radicales. Necesitaba negociar cómo sería el porfirismo sin Porfirio Díaz.

La entrevista, en suma, puede ser vista cual un documento que muestra cómo una clase política se daba cuenta de que sus propios éxitos habían aumentado la demanda de acceso al poder por parte de diversas elites; elites también al tanto de las presiones sociales y de la edad del dictador. Así, la entrevista de Creelman adquiere otra racionalidad –tan inverificable como el celo y la estupidez de Díaz–. Es decir, la entrevista fue “Díaz como siempre”, el Bismarck mexicano haciendo lo que siempre hizo: que sus gallos mostraran las plumas no para imponer su omnipotencia sino para, como siempre, mantener al Estado, sancionando los poderes constituidos pero que no son visibles hasta que se pavonean; poderes que el dictador estaba dispuesto a sancionar, controlar o eliminar dependiendo del balance de poder, de la capacidad de esos poderes para ser aceptados a nivel local y nacional, manteniendo así el Estado que Díaz había creado, en vista a su edad, los peligros de la inestabilidad ante un vecino como Estados Unidos, y el despertar del león, como llamaba Díaz a la reacción popular.

A lo largo de 1908 y hasta 1910, Díaz se negó a hablar más de la entrevista. Como mostró el historiador Eduardo Blanquel, Díaz dio vueltas al asunto cada vez que fue cuestionado sobre el tema (decía que sólo había sido “un simple deseo personal”). Los porfiristas acérrimos expresaban en debates parlamentarios y en periódicos su miedo a la salida de Díaz. El gobernador de Guanajuato, Joaquín Obregón González, lo pintó claro: “El pueblo mexicano desea, quiere, suplica, exige que Usted siga en el poder el próximo periodo y ante la voluntad del pueblo y el patriotismo de Usted, toda argucia con la ciencia, con la filosofía y la historia debe enmudecer”. Madero, en *La sucesión presidencial de 1910*, o Molina Enríquez, en *Los grandes problemas nacionales* (1909), rendían honores al dictador pero lo llamaban a cumplir su palabra. En privado, gente muy cercana a Díaz como Justo Sierra le pedía cumplir su promesa. Nunca sabremos qué pasó, pues las negociaciones se hicieron tras bambalinas.

Pero en esencia lo que Díaz hizo con la entrevista funcionó: los gallos sacaron las plumas y se alinearon reyistas, maderistas y científicos. Díaz

concluyó que la cosa tenía que ser más gradual. No se iría, se reeligiría, pero la clave estaba en la selección del vicepresidente, la cual daría la seña de qué grupo había ganado. Lo que siguió fue muestra del pacto logrado: Reyes obedece, ha perdido, se va a Japón mandado por Díaz, los reyistas ofrecen obediencia, pero nunca sabremos qué se le garantizó al General Reyes. Quedó claro que la transición al porfiriato sin Díaz –que era lo que estaba en juego– estaría comandada por los Científicos, especialmente por el vicepresidente Corral y por el ministro de finanzas, Limantour. Todos sabían que era improbable que Díaz terminara su mandato en 1914. Pacto logrado, y ni siquiera el maderismo era un problema serio para fines de 1910. Se manejó todo entre familias, se respetó la vida de Panchito –como llamaba “la gente bien” a Francisco I. Madero–. Del pacto se esperaba una leve apertura pacífica del sistema político. Las cosas cambiaron con la toma de Ciudad Juárez, pero eso es harina de otro costal.

En suma, bien vista, la entrevista Díaz-Creelman merece su lugar en la historia mexicana, que es –la entrevista lo atestigua–, por fuerza, también estadounidense. Supuso algo más que las promesas incumplidas de un dictador que dieron origen a la Revolución mexicana. Fue el patriarca, ante el ocaso, moviendo sus fichas no sólo en el tablero de la sucia política de cada día, sino también en el tablero de la historia. ❧

#### REFERENCIAS MÍNIMAS:

- Blanquel, Eduardo, “Setenta años de la entrevista Díaz-Creelman”, *Vuelta*, núm. 17, (abril 1978), pp. 28-33.
- Creelman, James, “President Díaz, Hero of the Americas”, *Pearson’s Magazine*, vol. 19, núm. 3 (marzo 1908), pp. 231-277. Edición facsimilar, con traducción en [http://www.bibliotecas.tv/zapata/bibliografia/indices/entrevista\\_diaz\\_creelman.html](http://www.bibliotecas.tv/zapata/bibliografia/indices/entrevista_diaz_creelman.html)
- Creelman, James, *Díaz, Master of Mexico*, Nueva York, Londres, D. Appleton and Company, 1911.
- Lomnitz, Claudio, “The Transnational Production of a Dystopic Nation: Chronotopes from Late Porfirian Mexico”, trabajo presentado en la conferencia “Land, Politics, and Revolution: A Conference in Honor of Friedrich Katz”, Universidad de Chicago, septiembre 28-29, 2007.